

Las Epístolas de Pedro

1 Pedro 2:4-25

Walter Thomas Prideaux WOLSTON

biblicom.org

Índice

1 - El sacerdocio de los cristianos (1 Pe. 2:4-25)	3
2 - Una piedra viva (v. 4)	3
3 - Una casa espiritual y un sacerdocio santo (v. 5)	3
4 - La piedra angular, cabeza del ángulo (v. 6-8)	5
5 - Una raza elegida, un sacerdocio real (v. 9-10)	5
6 - La conducta de los creyentes (v. 11-20)	7
7 - Jesucristo, modelo de los creyentes, por los que sufrió (v. 21-25) . .	9

1 - El sacerdocio de los cristianos (1 Pe. 2:4-25)

Después de mostrarnos en el primer capítulo al cristiano redimido, renovado y capacitado por el Espíritu Santo para caminar en novedad de vida, el apóstol Pedro nos explica cuáles deben ser nuestras nuevas relaciones a partir de ahora: los cristianos unidos entre sí forman una casa espiritual y un sacerdocio santo y real –santo en relación con Dios, real en relación con los hombres; pero todo procede de Cristo.

2 - Una piedra viva (v. 4)

«Acercándoos a él, piedra viva, rechazada ciertamente por los hombres, pero escogida y preciosa ante Dios».

A Pedro le gusta mucho la palabra «vivir». Recordemos su testimonio a Jesús en [Mateo 16](#): «¡Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo!» (v. 16). Y aquí dice: Habéis llegado a una «piedra viva», y añade la apreciación de Dios sobre ella: «elegida y preciosa». «Venir a él»; se trata de una Persona. Y si tenemos que ver con el Hijo de Dios, como Persona viva, también seremos edificados «como piedras vivas».

3 - Una casa espiritual y un sacerdocio santo (v. 5)

«Vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual, un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por Jesucristo».

¿Qué es un cristiano? Una piedra viva. ¿Qué es una piedra? Un trozo de roca. ¡Qué seguridad! Una primera ilustración de esto se dio en el caso de Pedro. Jesús le dijo: «Te llamarás Cefas (que se traduce por Pedro)» ([Juan 1:42](#)); es decir, se convierte en el Señor de Simón, su dueño. Cambiar el nombre de alguien indica que esta persona se convierte en su vasallo, en su propiedad. Para conseguirlo, el Señor le habló a Pedro: nos convertiremos en piedras vivas escuchando la voz del Hijo de Dios. «Viene la hora, y ahora es, que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que oyen vivirán» ([Juan 5:25](#)). Él es la Piedra viva; el cristiano, viviendo para Cristo, se convierte en una piedra viva. Así que tenemos la vida de la Roca, la misma que la suya; su vida es la nuestra ahora, pues «vuestra vida está escondida con Cristo

en Dios» (Col. 3:3).

La casa espiritual, de la que Pedro habla aquí, corresponde a lo que Pablo llama «el Cuerpo». Lo que Pablo llama «el Cuerpo», Pedro lo llama «la Casa», pero esto no es en absoluto lo que Pablo entiende por casa. Cuando utiliza esta expresión, se refiere a la profesión en su conjunto. Para ver la Casa espiritual en perfección, leamos [Apocalipsis 21](#). Las piedras que la componen son exactamente las mismas que las de nuestro capítulo; ellas brillarán entonces con un resplandor maravilloso, porque habrán pasado por el regazo del gran lapidario, que las habrá limpiado de toda impureza, de toda mancha, y las habrá hecho transparentes. Las piedras deben brillar para Cristo incluso ahora. ¡Qué hermoso sería que el mundo pudiera leer a Cristo en nosotros! Poco a poco las naciones caminarán a la luz de esta ciudad y verán a Cristo venir en gloria.

Los creyentes no solo constituyen la casa espiritual, sino también «un sacerdocio santo». La idea que tiene el hombre de un sacerdote es la de alguien que se interpone entre el alma y Dios, y que hace el trabajo del alma con Dios. Esto era correcto para los tiempos del Antiguo Testamento, pero ahora cada alma que está salvada se convierte en sacerdote. ¿Ejerce mi sacerdocio? Esta es una pregunta importante para todo creyente. No todos somos ministros, pues Dios no nos ha dado a todos el poder para difundir su Palabra, pero todos somos sacerdotes. El ministerio es el ejercicio de un don espiritual, el medio divino de presentar la verdad de Dios a las almas. Si el ministerio público se limita según el don recibido, el sacerdocio pertenece tanto a los más jóvenes como a los más débiles, tanto a las mujeres como a los hombres.

El culto es el resultado del servicio del santo sacerdocio, mientras que el ministerio es el ejercicio del don que el Señor otorga. La adoración va del alma a Dios; el ministerio viene de Dios al alma. Los santos sacerdotes ofrecen sacrificios espirituales: «Ofrezcamos, pues, por medio de él, un continuo sacrificio de alabanza a Dios, es decir, el fruto de labios que confiesa su nombre» ([Hebr. 13:15](#)). Alabanzas deberían surgir continuamente de nuestros corazones hacia Dios. El Señor nos une para alabar, agradecer y bendecir a Dios. Dios debe ocupar el primer lugar; es a él, en primer lugar, a quien debemos dar lo que es debido. No tenemos que predicar el Evangelio primero, ese es el error general: poner el mundo y la salvación de las almas como primer objetivo. Cada cosa tiene su lugar; aportemos todo el celo y la seriedad necesarios para la salvación de las almas, pero respondamos primero a los derechos de Dios sobre nosotros, santos sacerdotes. ¿Cuál ha sido la gran obra de Dios desde el día de Pentecostés? ¿Qué ha buscado? El Padre busca adoradores

(Juan 4:23). Y como el Padre busca adoradores, el Hijo busca pecadores. Cuando los ha encontrado, los convierte en adoradores.

Así que debemos ejercer nuestro santo sacerdocio. Es uno de nuestros privilegios, ¿lo ejercemos? Pedro dice que los sacrificios espirituales son «aceptables para Dios». Lo desea y se complace en ellos. El sacerdocio del Antiguo Testamento presenta una imagen de nuestra posición; ¿qué pone Dios en nuestras manos? Cristo. No nos pide que nos preocupemos de nosotros mismos, de nuestra posición, de nuestras bendiciones, sino que nos preocupemos de Cristo, por lo que él es, por el valor que tiene para Dios, es decir: “Precioso”. Dios lo ve como tal, y la fe lo ve como Dios. Sería una gran ayuda si en nuestras reuniones de culto nos llenáramos del pensamiento de que todos estamos juntos como sacerdotes, para ofrecer a Dios aquello en lo que él se deleita. Nuestra condición individual tiene una gran influencia en la Asamblea de Dios; si la mayoría de los sacerdotes están aburridos y desatentos, toda la Asamblea se verá afectada. Si nuestras almas estuvieran iluminadas por el amor y el favor de Dios, nuestras reuniones estarían llenas de Cristo, y solo de Cristo.

4 - La piedra angular, cabeza del ángulo (v. 6-8)

La Escritura dice: «He aquí, pongo en Sion una piedra angular, escogida, preciosa; y el que crea en ella jamás será avergonzado. Para vosotros que creéis, tiene gran valor; pero para los que no creen, la piedra que los edificadores rechazaron ha llegado a ser cabeza de ángulo, piedra de tropiezo y roca de escándalo; porque siendo desobedientes ellos tropiezan con la palabra; a lo cual también fueron destinados».

Este ha sido el camino de Israel como nación. ¿Por qué tropiezan contra la Palabra? Porque no quieren obedecer a Dios; como nación están «destinados» a tener esta piedra delante de ellos. Dios les había dado el privilegio más maravilloso posible, al poner a Cristo ante ellos, pero tropezaron con Él, porque venía en gracia.

5 - Una raza elegida, un sacerdocio real (v. 9-10)

«Pero vosotros sois linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido, para que anunciéis las virtudes del que os ha llamado de las tinieblas a su luz admirable; los que en otro tiempo no erais pueblo, pero ahora sois pueblo de Dios; los

que no habíais obtenido misericordia, pero ahora habéis obtenido misericordia».

El «linaje escogido» son los creyentes, el débil remanente de Israel, que se han vuelto hacia Dios, y que pueden así disfrutar de todas las bendiciones prometidas a la nación. Según [Éxodo 19](#), si hubieran sido obedientes, habrían sido el «especial tesoro» de Dios (vean [Mal. 3:17](#)); pero fueron desobedientes, y lo perdieron todo.

«Un sacerdocio real»: una vez que somos adoradores y sacerdotes santos (v. 5), nos resulta fácil cumplir con nuestros deberes de sacerdocio real (v. 9). Mirando a Dios, somos sacerdotes santos, y al pasar por este mundo, hemos de ser sacerdotes reales. ¿Qué da la realeza? Da un sentimiento de dignidad; ¡qué puede ser más digno que ser embajadores de Dios en un mundo que se opone a su gracia!

Este «sacerdocio real» que debemos ejercer es de la misma naturaleza que el sacerdocio de Cristo «según el orden de Melquisedec» ([Sal. 110:4](#); [Hebr. 5:6, 10; 6:20](#)). Ahora, el Señor ejerce un sacerdocio según el orden de Aarón, pero también según el orden de Melquisedec. Mirando a su pueblo, solo encuentra debilidades y flaquezas; cuando regrese como sacerdote según el orden de Melquisedec, ya no habrá debilidades, sino solo alabanzas y bendiciones como resultado de su victoria. Mientras tanto, el Señor nos pide que demos testimonio de él, que «anunciamos sus virtudes», que difundamos su gracia y su amor, y que atendamos cualquier necesidad de alma o de cuerpo de quienes nos rodean. El sacerdocio de Melquisedec es un sacerdocio de bendición perfecta; un cristiano es por lo tanto una persona que es bendecida y trae bendición.

Cristo nos deja en este mundo para que elevemos nuestro corazón a Dios continuamente en alabanza y reconocimiento, pero también para que llevemos la bondad y la amabilidad a los hombres.

Cuando Pedro escribió las palabras: Vosotros, «en otro tiempo no erais pueblo, pero ahora sois pueblo de Dios; los que no habíais obtenido misericordia, pero ahora habéis obtenido misericordia», estaba pensando en el profeta Oseas. Dios no había querido mostrar misericordia a Israel a causa de sus pecados y ya no lo reconocía como su pueblo. Sin embargo, poco a poco, Dios los bendecirá en el mismo lugar donde fueron juzgados ([Oseas 2:23](#)), pues la desobediencia no puede frustrar los propósitos de Dios en gracia. Estas promesas se cumplirán en el Valle de Acor ([Josué 7:26](#); [Oseas 2:15](#)), el lugar donde el primer juicio cayó sobre Israel. Pero, dice Pedro, ustedes los creyentes recibirán esta misericordia antes del tiempo en que Dios restaure la nación.

6 - La conducta de los creyentes (v. 11-20)

«Amados, os ruego como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de los deseos carnales que guerrearán contra el alma» (v. 11).

Habiendo bien determinado el lugar ocupado por los creyentes entre los judíos, el apóstol comienza sus exhortaciones. En la Palabra de Dios, las exhortaciones se basan siempre en la revelación de la relación entre el alma y Dios. Vienen aquí de forma sencilla y natural.

En el capítulo 1, Pedro habló del llamado celestial; los creyentes, elegidos por el Padre, están apartados por la obra del Espíritu y protegidos por la sangre del Hijo de Dios; se les reserva una herencia en el cielo, y son guardados para ello; a pesar de las pruebas, pueden alegrarse en Aquel a quien aman, aunque no lo vean. Son, pues, hijos del Padre, redimidos por la sangre del Hijo, renovados por el Espíritu y la Palabra de Dios. El capítulo 2 los ve en su nueva posición: son una casa espiritual en la que habita Dios, son un sacerdocio santo y real; pueblo de Dios, han «obtenido misericordia». Esta es la situación de los creyentes para Pedro: quedan aquí en la tierra para ofrecer a Dios lo que él, el Señor, debe recibir de los hombres, y para mostrar a los hombres lo que Dios es en su gracia y amor.

Los cristianos son «extranjeros y peregrinos» porque están lejos de la Casa. Somos peregrinos porque vamos a un lugar al que queremos llegar. Nuestras esperanzas, nuestros gozos y Aquel a quien amamos están en el cielo, por lo que consideramos el cielo como nuestro hogar. Nacidos del cielo, pertenecemos al cielo. Nuestro Padre está en el cielo, nuestro Salvador está en el cielo, todos nuestros recursos están en el cielo; nosotros estamos en la tierra como plantas exóticas, ajenas a este clima.

Los «deseos carnales», de las que debemos abstenernos, son esas abundantes y pequeñas cosas que interrumpen la comunión con Dios, e impiden el crecimiento y el conocimiento de Cristo. Ya conocen, dice el apóstol, las trampas que pueden hacer tropezar, y deben estar preparados para renunciar a esas cosas que «guerrearán contra el alma».

Para ser poderoso exteriormente, primero se debe tener pureza interior; para ser feliz, se debe tener santidad. La santidad es el acto de juzgarse a sí mismo, de considerarse muerto, ya que Dios nos ha puesto en esa posición a través de la cruz de Cristo.

«Teniendo una buena conducta entre los gentiles; para que en lo que os calumnian,

como a malhechores, observando vuestras buenas obras glorifiquen a Dios en el día de la visitación.

Someteos a toda autoridad humana, por causa del Señor; ya sea al rey, como a superior, o a los gobernadores, como enviados por este para castigo de los malhechores, y para alabanza de los que hacen el bien. Porque así es la voluntad de Dios, que haciendo el bien hagáis enmudecer la ignorancia de los hombres insensatos» (v. 12-15).

Este es nuestro testimonio exterior. Si el corazón está purificado por el Señor, nuestro testimonio exterior será bueno. Pero debemos tener cuidado de cómo nos comportamos entre los «gentiles», es decir, entre los incrédulos, para que no tengan nada que decir contra nosotros. Estas personas deben poder confesar ante Dios que nuestras obras son dignas del Señor, y deben saber que Dios actúa en y a través de nosotros. Este es el significado de la «buena conducta» que debemos observar.

El versículo 11 es la regla para la vida interior, el versículo 12 es la regla para la vida exterior, y el versículo 13 es la sumisión a las autoridades «por causa del Señor». Si las autoridades instituyeran leyes injustas, el deber del cristiano sería someterse a ellas. Fue durante el reinado del más malvado de los reyes, Nerón, cuando Pablo escribió a los cristianos romanos que se sometieran a las autoridades porque han sido «establecidas por Dios» ([Rom. 13:1](#)). El mismo Señor Jesús vino a este mundo, sin tener derechos, burlado, vapuleado y finalmente desterrado de él; el cristiano también debe seguir a Cristo. A menos que la ley viole la voluntad de Dios, debemos someternos a ella, y así dar testimonio de las virtudes que hay en Cristo. Si un cristiano toma parte en la lucha o se pone del lado del mundo, no puede dar ningún testimonio de paciencia y esperanza.

«Como libres, sin hacer de la libertad un velo para cubrir la maldad, sino como siervos de Dios. Honrad a todos. Amad a los hermanos. Temed a Dios. Honrad al rey» (v. 16-17).

El cristiano no pertenece al mundo, sino al cielo; tiene plena libertad, pero debe usarla como siervo de Dios. El propósito del siervo es seguir la voluntad de su amo, y la voluntad de Dios es vernos sometidos.

A continuación, Pedro aborda la cuestión de nuestra relación con el prójimo. Demos honor a quien es debido; el orgullo a veces nos impide hacerlo, pero nada es más contrario a Dios, pues a los ojos de Dios todos los hombres son iguales y son uno en Cristo Jesús. Dios ha resucitado a su Hijo, y con él todo creyente está en su

presencia; en Cristo «no hay judío ni griego... ni siervo ni libre» (Gal. 3:28).

En este único versículo 17 Pedro une estas 4 cosas: el *mundo*, los *hermanos*, *Dios*, el *Rey*. Es inútil que digamos que tememos a Dios si no damos a todos los hombres lo que Dios desea, si no procuramos mantener ante Él, según su deseo, todas las relaciones en las que nos coloca.

«Criados, someteos con todo respeto a vuestros amos, no solo a los buenos y benignos, sino también a los que son poco amables. Porque esto merece aprobación, si a causa de la conciencia ante Dios alguien soporta agravios, padeciendo injustamente. Porque, ¿qué gloria hay si soportáis ser maltratados por pecar? Pero si haciendo el bien padecéis y lo soportáis, esto es digno de alabanza ante Dios. Porque para esto fuisteis llamados» (v. 18-21a).

El apóstol no se dirige a los esclavos, sino a los siervos, y les aconseja que se sometan «con todo respeto». Puede haber maestros muy duros, con malos personajes, pero eso no es excusa. Reconozcamos nuestras debilidades, no las justifiquemos.

El temor aquí es el de ser, en una posición subordinada, malos testigos de Dios; los amos pueden ser incrédulos, pero nosotros debemos ser testigos de Dios.

7 - Jesucristo, modelo de los creyentes, por los que sufrió (v. 21-25)

«Cristo padeció por vosotros, dejándoos un ejemplo para que sigáis sus huellas; el cual no hizo pecado, ni fue hallado engaño en su boca» (v. 21b-22).

Si hacen el bien y reciben reproches, tengan paciencia. No olvidemos que Cristo sufrió así por nosotros. Pedro habla de sufrir por la conciencia, por la justicia, por Cristo. Podemos sufrir a causa de la conciencia porque el amo puede dar una orden contraria a Dios, y «¡es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres!» (Hec. 5:29). La obediencia a Dios es la primera regla, el gran principio de la vida cristiana. Si para obedecer a mi amo tengo que desobedecer a Dios, estoy condenado, como dijo Pedro en el capítulo 4 de los Hechos: «¡Juzgad vosotros si es justo ante de Dios escucharos a vosotros más bien que a Dios!» (4:19). En este caso sufro por la conciencia, y el alma recibe como recompensa el favor y la bendición del Señor.

«Quien, siendo insultado, no respondía con insultos; cuando sufría, no amenazaba,

sino que encomendaba su causa a aquel que juzga justamente» (v. 23).

Este es el ejemplo que nos da Cristo: se entregó enteramente en las manos de Dios, y aceptó todas las cosas como si vinieran de Dios. Si hacemos lo mismo, el resultado será una cantidad de bendiciones para nosotros.

«Él mismo llevó en su cuerpo nuestros pecados sobre el madero, para que nosotros, muriendo a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados. Porque erais como ovejas descarriadas, pero ahora habéis vuelto al Pastor y Guardián de vuestras almas» (v. 24-25).

La perfección de Cristo dirige los pensamientos del apóstol a la grandeza de sus sufrimientos, pues nuestros pecados lo han llevado a la cruz; ahora «muertos al pecado», pero «vivos para Dios en Cristo Jesús» ([Rom. 6:11](#)).

Jesús «bien lo ha hecho todo» ([Marcos 7:37](#)); nos habíamos extraviado, pero nos ha hecho volver a tratar con él; él es el «Guardián», el que cuida de nuestras almas, el «Pastor» que vela por sus ovejas.

Que el Señor nos conceda disfrutar cada vez más de él, seguirle, aprender de él, tener su Palabra como el gozo diario de nuestras almas, y producir, con nuestra vida, frutos para su gloria.